

## CLÍNICA QUIRÚRGICA.

## CÁLCULOS VESICALES.

Una de las enfermedades que ocasiona mayores sufrimientos á la humanidad es, sin duda alguna, la de los cálculos vesicales. Los individuos atacados de esta afección se encuentran en una situación tan afflictiva, que desean con ansia la muerte, para ponerle fin á sus dolores. Pasan los días padeciendo sin cesar, y cuando algunas veces comienzan á conciliar el sueño, aparece repentinamente el tenesmo, ese pujo doloroso que los despierta de una manera brusca y los hace exhalar lastimeros quejidos.

El número, la composición química, el volumen y la forma de los cálculos es muy variable.

En cuanto al número, está casi siempre en razón inversa de su volumen, puede haber dos ó muchos en un mismo individuo. Se dice que la vejiga de Buffon contenía cincuenta y nueve. Souberbielle extrajo más de ochenta de la vejiga de un hombre que presentó á la Academia. Se han encontrado muchos más en otras personas pero bastante pequeños. Cooper ha observado que cuando existe un gran número de estos cuerpos en la vejiga, había casi siempre una prolongación de la próstata, detrás de la cual se formaba un pequeño saco.

Con respecto á su volumen, se encuentran desde el tamaño de una haba pequeña, hasta el del puño de un adulto. Se refiere que existe en el Museo de Estrasburgo, uno que tenía la forma de una naranja y que pesaba 285 gramos ó sean nueve onzas y media. Se sabe de otros varios casos de volumen y peso que aun parecen fabulosos.

Deseando no fatigar demasiado la atención de los ilustrados miembros de esta Academia, voy á referir una historia que aunque en si no tenga bastante importancia, la he juzgado de algún interés y por lo mismo paso á exponerla.

El día 14 de Noviembre de 1881 entró á ocupar el núm. 8 de la sala de San Vicente de Paul, en el hospital de la Purísima de esta ciudad, y cuyo establecimiento es á mi cargo, el enfermo Anselmo Morales, de sesenta y dos años de edad, casado, de buena constitución y de temperamento sanguíneo, originario y vecino del rancho de las Jicamas, perteneciente á la hacienda del Salitre, de esta jurisdicción. Habiéndole interrogado convenientemente, me contestó: que había sido sano toda su vida, y que las únicas enfermedades que había tenido eran algunos trastornos en la digestión, tres ataques de intermitentes tercianas de poco tiempo, y una fiebre que le había durado poco más de un mes. Que la única enfermedad grave que ha tenido, es la que padece actualmente, la que le comenzó de la manera siguiente: á principios de Diciembre del año de 1880, comenzó á experimentar dolores molestos en el hipogastrio, en toda la uretra,

en el perineo y en la región lumbar, acompañado todo esto de calentura. A otro día le apareció una necesidad frecuente de orinar, y cada vez que lo verificaba sentía dolores intensos en toda la uretra y mucha dificultad para expeler la orina. A los pocos días notó que en el fondo del vaso en que se recogía ese líquido había un depósito poco considerable de moco, que se adhería á las paredes y al fondo de la vasija. Algunas veces le sucedía que después de grandes esfuerzos arrojaba unas cuantas gotas de orina que le dejaban en la uretra la impresión de una corriente de aceite hirviendo. Otros días la salida del moco se suspendía y la orina salía clara. En otras ocasiones dejaba un depósito pulverulento en el fondo del vaso. El tenesmo continuaba más ó menos intenso; pero sin llegar á desaparecer. El enfermo creyó que se trataba de una blenorragia y se sujetó á tomar algunos refrigerantes y al uso de baños tibios emolientes, durante mucho tiempo.

La orina seguía saliendo con más ó menos dificultades, hasta que un día, el 4 de Octubre del año de 1881, se le suspendió bruscamente el chorro de este líquido y no consiguió volver á expelerlo, sino hasta veinticuatro horas después. Desde ese día el dolor sobre el hipogastrio ha sido más marcado y lo acompaña en cualquier posición que el enfermo tome, disminuyendo algo solamente en la horizontal. Experimenta dolores también en los testículos y en los muslos. Los síntomas todos del principio de la enfermedad se han exacerbado y el enfermo sufriendo sin cesar, y en ese estado de abatimiento y de desmoralización en que está, desea que venga cuanto antes la muerte para terminar su situación.

En vista de los síntomas referidos y para fijar mejor mi diagnóstico, intenté el cateterismo con una sonda de plata, y como el canal de la uretra era bastante extensible, penetré con facilidad; pero al llegar al cuello de la vejiga experimentó el enfermo tan vivos dolores, que me obligó á retirar el instrumento, y aplacé esta operación para el siguiente día.

El 15 de Noviembre encontré al enfermo en el mismo estado, pero la necesidad de orinar más frecuente y el tenesmo muy marcado. La orina, de color normal, tenía una reacción alcalina, y su cantidad como de catorce onzas. En el fondo del vaso había bastante moco, muy denso y adhesivo. Hice ver al enfermo la necesidad del cateterismo, y se resolvió á sufrirlo. Al penetrar con la sonda en la cavidad vesical, percibi la sensación de un cuerpo duro, resistente y con poca movilidad, no pudiendo apreciar sus dimensiones. Al día siguiente repetí la operación, y como obtuve el mismo resultado, pude ya asegurarme de la presencia de un cálculo vesical. Propuse al enfermo la operación de la talla, y á pesar de los peligros que le manifesté la admitió gustoso.

El día 9 de Diciembre del mismo año de 1881, practiqué la talla lateral izquierda á este individuo, acompañándome el Dr. D. Ignacio Rangel, quien se encargó de sostener el catéter durante la operación. Se resistió el enfermo á la administración del cloróformo y tuvo que sufrirla así. A una sonda de plomo

bastante gruesa le hice una ranura para suplir el catéter, y en lugar del litótomo, usé bisturís convexos, rectos ó abotonados, según lo creía conveniente. Extraje un cálculo de un color blanco amarillento, de forma ovalar, teniendo tres y medio centímetros en su mayor diámetro y tres centímetros en el más pequeño. Pesa 9 gramos 40 centigramos, y está formado de fosfatos de cal y de amoníaco, según me parece, por el análisis imperfecto que he podido hacer de la capa externa que le envuelve. Lavé la vejiga con bastante agua pura, y además hice la exploración con el dedo índice en ese órgano, para asegurarme que no existía otro cálculo, y concluida la operación sujeté al enfermo al método aconsejado en semejantes casos.

Desde ese día terminó el catarro de la vejiga, hasta el 23 en que volvió de nuevo acompañado de una fuerte reacción febril y de los demás síntomas que he descrito al principio. La cantidad de moco arrojada era considerable. A los dos días terminó la calentura; pero la mucosidad seguía abundante. Para el 26, la herida estaba ya enteramente cicatrizada. La orina y mucosidad salían por el meato, y era tan adherente la segunda, que no se desprendía de la vasija que la contenía aun cuando se invirtiera ésta, y dejaba diariamente una costra amarillenta, gruesa y muy unida á la vasija.

Hice uso de varias medicinas para combatir ese catarro, y con la única que conseguí sanarlo fué con el crémor de tártaro soluble, dado á la dosis de 10 gramos diarios en 120 de agua. Para el día 30 del mismo mes, estaba el enfermo enteramente sano de su catarro vesical; pero el tenesmo y la necesidad de orinar seguían.

El día 14 de Enero de 1882 volví á aplicar el cateterismo, y encontré ya otro cálculo formado. Hice ver al enfermo la necesidad de una segunda operación, y se resistió recordando lo mucho que había sufrido en la primera, manifestándome que estaba resuelto á morir antes que volverse á operar. Pidió su alta al siguiente día, 15 de Enero de 1882.

El 26 de Marzo del mismo año, es decir, setenta y dos días después de su salida, volvió, suplicándome que lo admitiera de nuevo en el hospital y le hiciera segunda operación, porque sus sufrimientos eran insoportables. Fué admitido y ocupó el mismo núm. 8, que á la casualidad estaba vacante. Me dijo que el catarro de la vejiga, que le había aparecido desde hacía un mes, era lo que lo había empeorado notablemente.

Apliqué la sonda de plata y encontré bien clara la presencia de un cálculo. Ese mismo día en la tarde le practiqué la talla lateral derecha y extraje entonces dos cálculos del mismo color, consistencia y forma del primero; pero un poco más pequeños. Seguí combatiendo el catarro con el mismo tártaro cristalizado y desapareció antes de un mes.

La cicatrización fué avanzando violentamente, y para el día 2 de Mayo pidió su alta, llevando una fistula rectal.

Dos meses después vi á este enfermo y la fistula había sanado. Estaba robusto y me dijo que su salud era completa.

Hace un año que lo vi por última vez y se encontraba perfectamente bien.

Los últimos cálculos tienen tres centímetros cada uno en su mayor diámetro y en cuanto al peso, uno tiene 7 y otro 6 gramos 40 centigramos.

Tres cuestiones se presentan en la historia que acabo de referir.

Primera: ¿El catarro de la vejiga produjo la formación de los cálculos, ó éstos fueron la causa de aquél?

Segunda: ¿El tiempo transcurrido entre la primera y segunda operación, que fué de cuatro meses, doce días, sería suficiente para la formación de los dos últimos cálculos que se extrajeron, ó ya existían éstos cuando se hizo la primera?

Tercera: ¿El catarro sanó por la medicina empleada, ó por la extracción que se hizo de los cálculos?

En cuanto á la primera cuestión creo que el catarro fué la causa de la formación de estos cuerpos extraños, sino que el enfermo no se fijó en que fué lo primero que le apareció.

En cuanto á la segunda, me parece que fué suficiente el tiempo expresado de cuatro meses, doce días, para su formación, atendiendo á que cuando practiqué la primera operación, hice la exploración del órgano con el debido cuidado, y por otra parte, el depósito que dejaba la orina diariamente en la vasija cuando existía el catarro era muy considerable.

Respecto á la última cuestión me parece que la principal causa para que desapareciera el catarro, fué la extracción del cálculo. El crémor empleado á la dosis que lo usé, ayudaría, en parte tal vez, á este resultado. No se me ha presentado otro caso en que haya hecho uso de esa medicina, y por lo mismo no tengo todavía seguridad.

Espero que la ilustrada opinión de mis apreciables consocios resolverá satisfactoriamente estas cuestiones que he indicado y que he apreciado quizá de una manera inexacta.

Fiado en la reconocida indulgencia de los miembros de la Academia de Medicina, me resolví á presentar este imperfecto trabajo el día que corresponde mi lectura de Reglamento.

Valle de Santiago, Abril 17 de 1887.

ANDRÉS ORTEGA.